

Mateo 18:21-35

Mateo 18:21-35.

En Romanos 12 oímos a Pablo amonestarnos a presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo, lo cual es nuestro culto racional. Para hacer eso es necesario evitar ser conformados a este siglo, y ser transformados por medio de la renovación de nuestro entendimiento. La semana pasada buscamos la renovación de nuestro entendimiento en cuanto a nuestras relaciones con el gobierno y otras autoridades que Dios ha puesto sobre nosotros. Hoy vamos a buscar lo mismo en otra área de nuestras vidas, para conformarla con la buena, agradable, y perfecta voluntad de Dios. Veremos cuál es la voluntad de Dios. Veremos cuál es la voluntad de Dios en relación con los que nos han agraviado y ofendido; porque han pecado contra nosotros. Nuestro tema será: **¿POR QUÉ ES TAN IMPORTANTE QUE UN CRISTIANO PERDONE A LOS DEMÁS?** Y veremos tres razones. I. Porque la deuda que nos fue perdonada es mucho mayor que las deudas de otros con nosotros. II. Porque es la única reacción posible para el corazón agradecido. III. Porque no hacerlo es un pecado que nos excluye del reino de los cielos.

Si queremos ver la necesidad de perdonar a todos los demás, podemos empezar por ver lo que nos fue perdonado, y comparar esa deuda con las de los que han pecado contra nosotros. Si hacemos esto, veremos que en comparación con lo que Dios nos ha perdonado, las peores cosas que nuestro hermano pueda cometer contra nosotros son de veras pequeñas.

El siervo en nuestro texto tenía una deuda inmensa. "El reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas le fue presentado uno que le debía diez mil talentos." Piense, ese hombre era esclavo. Su sueldo sería bastante bajo. Sin embargo había contraído una deuda de unos cuatrocientos millones de dólares. ¿De dónde sacaría para pagar una deuda así? Sería imposible. Podría trabajar por mil vidas, sin recibir nada propio sino que todo se iría al rey, y aun no pagaría la deuda.

Así, el rey ordenó lo único que fuera justo en esa situación: "A este, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda". Ya se había acabado todo. Perdería su familia; sus

posiciones, todas sus raíces que había echado en el terreno de su amo. Sería vendido para satisfacer por lo menos una parte de lo que debía al amo. Una parte insignificante, seguramente, pero la justicia por lo menos sería observada.

Fue justo lo que su señor había ordenado. Y el hombre no pudo negarlo. No pudo ofrecer nada para saldar la deuda, porque no tenía nada de valor. Quedaba solamente una cosa. Postrarse delante del amo, poner toda su esperanza en la bondad y misericordia del amo, y aunque fuera imposible ofrecerle ninguna razón para hacerlo, pedirle perdón. Y eso es exactamente lo que hizo.

"Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagare todo". Solamente pedía perdón. Sí, dijo que lo pagaría todo. Pero tanto él mismo como el rey supieron que eso sería imposible. Realmente su única esperanza era que su amo se mostrara bondadoso con él, y que le perdonara la deuda.

Y el amo tuvo misericordia. "El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda". No pidió nada. Gratuita y libremente el amo perdonó total y definitivamente la inmensa deuda de su siervo. No pidió pago como muestra de fe. No exigió promesa de pagarlo en porciones pequeñas en el futuro. Sencillamente, la canceló y dejó al hombre totalmente libre de deudas. El único motivo fue su misericordia. Fue "movido a misericordia".

Esperaríamos que alguien que debía tanto y fue perdonado hubiera aprendido lo hermoso e importante de tener misericordia. Mas no fue así. "Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios; y asido de él, le ahogaba diciendo: Págame lo que me debes". La deuda del otro siervo fue de cien denarios. Un denario era el sueldo normal por el trabajo de un día. Fue una buena cantidad de dinero, y quizás al siervo del rey le pareció bastante. Pero no era nada en comparación con los cuatrocientos millones de dólares que él debía al rey.

Pero aquel consiervo no tenía nada para pagar tampoco. Y así él también tenía que depender de la bondad y misericordia del que lo había prestado. Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagare todo". Así que tenemos en miniatura la misma escena de hace unos pocos minutos. Solamente los personajes se han cambiado.

La única diferencia esta vez es que el conservo sí tenía posibilidades de pagar, si le fuera concedido tiempo. Era el salario de un poco más del cuarto del año del trabajo. Con pagos mensuales, quizás en un año o dos lo pagaría todo. Mas aun así, el siervo no quiso dar a su vecino ni un momento más. "Mas el no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda!" Apenas saliendo de pedir la misericordia, y sin embargo se muestra tan duro. ¿Qué podemos decir sino, ¡Que ingrato!?

Es evidente que eso de pedir a su rey perdón no era más que provecho y abuso. Él no había verdaderamente reconocido lo grave de su situación. Fue solamente un truco más de su corazón malvado. Probablemente pensaba que el rey era un tonto y un sentimental para perdonarlo así tan fácil. Pero él no iba a equivocarse así. Él seguiría sacando todo lo que pudiera de quien fuera. Como no sentía de corazón su necesidad, tampoco apreciaba de corazón el inmenso regalo que le hizo el rey. Y mostraba esta falta de aprecio y gratitud en su actitud a sus conservos.

Todo eso es comparable a la situación de cada uno de nosotros. "El alma que pecare, esa morirá", decreta la Escritura. Si eso es el caso con un solo pecado contra la divina Majestad, ¿qué diremos del sinnúmero de nuestros pecados que cometemos todos los días? No pasa ni un día en que no pensamos y hablamos algo en contra de la voluntad de Dios. ¡Y nuestras acciones! ¿Quién se atrevería a pararse delante de Dios y justificar la manera en que ha pasado un solo día? Y sin embargo, nosotros debemos a Dios la perfecta obediencia. Él es nuestro Hacedor, nuestro Rey, nuestro Amo. Pertenece totalmente a Él. Tiene todo derecho de esperar la obediencia de nosotros. Aunque hubiéramos hecho todo, tendríamos que confesar que somos siervos inútiles, que solamente hubiéramos hecho nuestro deber. Pero cada desobediencia es una falta, una deuda que se puede cargar en contra de nosotros. Aquel siervo en la parábola debía 10,000 talentos. ¿Quién contará las desobediencias en nuestra cuenta con Dios? Con toda una eternidad no podríamos borrar ni una sola. Nosotros merecemos ser vendidos para siempre con Satanás en el infierno.

Si vamos a escapar de tal destino, nuestra única esperanza también es la bondad y misericordia de nuestro amo. Nosotros también tenemos que postrarnos delante de nuestro Hacedor, y clamar: "Dios, ten misericordia de mí, pecador". No podemos ofrecerle nada para que lo hiciera. No podemos ofrecer pagarle

la deuda poco a poco. Es imposible. Una eternidad no sería suficiente tiempo, aunque de este día en adelante no cometiéramos ni un solo pecado. Su bondad es nuestra única esperanza.

¿Y qué encontramos. "Su misericordia es nueva cada mañana y grande es su fidelidad."

Sí, por su solo amor, el mismo amor que envió a Jesucristo a la cruz para ganarnos el perdón, nos perdona todos nuestros pecados y nos cancela toda nuestra inmensa deuda con él. Solamente pedimos, y por el amor de Dios en Cristo Jesús recibimos.

Pero ahora vamos a comparar la inmensa carga que fue quitada de nosotros, con las cosas que hacen nuestros consiervos, los hombres, con nosotros. No sólo nosotros, sino todos los hombres son pecadores. Y así resulta que muchas veces pecan no sólo contra Dios, sino contra nosotros también. Y a nosotros las faltas de otros en su conducta con nosotros pueden parecer graves ofensas. No es nada agradable cuando alguien habla mal de nosotros y destruye nuestra reputación. No es fácil cuando alguien en quien confiábamos nos defrauda. Es una carga pesada cuando los hijos desobedecen y desprecian a sus padres.

¿Cuántas cosas no hay que hacen los hombres a sus compañeros, a los miembros de sus familias, a sus mismos hermanos en la fe? Parecen grandes ofensas a nosotros, tanto que somos tentados a guardar rencor y amargura contra ellos, y rehusar perdonarlos, hasta vengarnos de ellos.

¿Pero cómo nos atrevemos a salir del santuario de Dios, de pedir perdón por todas nuestra ofensas y esperar recibirlo, y luego rehusar el perdón aun de la falta más grave cometida contra nosotros? ¡Que ingratos seríamos! Aunque nuestro hermano pecare contra nosotros tres veces, cada día de nuestras vidas, no será nada, comparado a lo que fue perdonado a nosotros. Seríamos iguales a ese mal siervo de nuestro texto.

Hemos visto que una razón por la cual es tan importante que un cristiano perdone a los demás es que la deuda que nos fue perdonado es mucho mayor que las deudas de otras personas con nosotros. Pero también es necesario perdonar a otros porque es la única reacción posible para un corazón agradecido.

El corazón ingrato es desagradable aun a la vista de los hombres. Y los hombres que ven que alguien recibe un gran beneficio, y luego lo niega a otros, saben muy bien que no apreció lo que le fue dado. Así los demás siervos estaban muy

tristes y disgustados al ver lo que hizo el siervo que había sido perdonado, e informaron al rey de lo que habían visto. "Viendo sus consiervos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado"

El mismo rey inmediatamente reconoció la ingratitud y la soberbia de aquel siervo. Abusaba de la misericordia de su señor para seguir en la maldad. "Entonces, llamándole su señor, le dijo: 'Siervo malvado, todo aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti?' Si no le quedaba la deuda de 10,000 talentos de plata, ¿no tenía entonces una gran deuda de gratitud?

¿Qué de nosotros? Si hemos gustado que el Señor es bueno, ¿no tenemos una gran deuda de gratitud para con él? No podemos darle nada a él, que ya posee todo. No podemos perdonar a él, porque no tiene ninguna falta para con nosotros. La única manera en que podemos mostrar verdadera gratitud a Dios por su bondad es mostrando la misma bondad y misericordia a otros que hayan pecado contra nosotros. Eso quiere decir, perdonar como hemos sido perdonados, perdonando todo, perdonando de corazón, ya ni recordando ni esperando ninguna recompensa del que nos haya ofendido.

¿Qué es ese perdón? Hay los que dicen, "Lo perdonaré, pero no lo olvidaré". ¿Es así que nos ha perdonado? No. Algunos parecen perdonar, pero hasta años más tarde, si su vecino o hermano le hace la misma cosa otra vez, todas las recriminaciones y amargura de años se derrama en cólera contra la ofensa renovada. ¿Es eso perdón? ¿No es mejor dicho la venganza dilatada? Algunos dicen perdonar, pero desde entonces se muestran fríos para con el culpable, si hace algo por ellos lo ven solamente como lo debido después de lo que han cometido. No merece ningún agradecimiento, y si ellos mismos agravian al otro, consideran que ya al fin las cuentas son niveladas, y que él no necesita esperar ninguna disculpa. Eso no es perdonar. Es guardar un corazón amargado e ingrato. Si así es nuestra actitud es evidente que nunca hemos reconocido nuestra gran necesidad de perdón de Dios, que nunca nos hemos arrepentido de veras y que nos falta la verdadera fe en el Salvador. La verdadera fe se manifiesta en la caridad, en el amor. El cristiano vive del perdón, toda su esperanza está en el perdón de Dios. El perdón es la atmosfera que respira, la

almohada sobre la cual reposa. Y ¿cómo sería posible que un corazón que reconociera todo eso, negara lo mismo a los demás?

Es un gran pecado guardar rencor y rehusar el perdón a cualquier persona, no importa lo grave o el número de sus ofensas contra nosotros. El Señor dijo a Pedro que perdonara a su hermano no sólo siete veces, sino setenta veces siete. Cristo con eso no está diciendo que debería hacer una lista y checar cada ofensa hasta que el número llegue a 490, y luego ya no perdonar. Es como cuando nosotros decimos hasta mil veces. Queremos decir, siempre, sin límite. Si tenemos la tendencia a rehusar el perdón a otros, o forzarlo a hacer algo para ganar el perdón, hay que luchar fuertemente contra ese pecado, pedir perdón por eso también, y no permitir que ese pecado nos domine. Cristo nos advierte con todavía otra razón por perdonar a los demás. Claramente dice que no hacerlo es un pecado que nos excluye del reino de los cielos. "Entonces el señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagare todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas".

Notamos la fuerza de la advertencia. Cristo dice: "Así también mi Padre celestial hará con vosotros, si no perdonara cada uno a su hermano sus ofensas". Cuando Jesús hablaba a sus discípulos, enseñándoles a orar les enseñó a decir: Padre nuestro. En este caso no dice nuestro, sino **mi**. Y la razón es fácil de encontrar. A todos los que no quieren perdonar a sus prójimos sus ofensas, les niega que tienen un Padre en el cielo. Dice que ni son cristianos. No les dice: nuestro Padre, porque no pueden orar el Padrenuestro, porque la misma oración se convierte en maldición para el que no quiere perdonar. "Perdonamos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Ay de los que no se arrepienten de la dureza de su corazón, y rehúsan el perdón a sus hermanos. No han de esperar ni una gota de misericordia en el día del juicio. No tienen un Padre en los cielos, sino un juez, que los echará para siempre a la cárcel del infierno, donde el humo de su tormento subirá por los siglos de los siglos. En vano será que haya vivido irreprochables en lo demás. Las obras que provienen de un corazón que no perdonará no vienen de corazón de hijo de Dios, y serán abominación a él. En vano será que fueron a la Iglesia toda su vida, clamando Señor, Señor, porque el Señor dirá: Nunca os conocí, apartaos de mi, hacedores de maldad.

¡Ah, qué grande es nuestra deuda con Dios! Cuánto necesitamos de su gracia y perdón, perdón aun por nuestra dificultad en perdonar a otros. Vengamos al trono de gracia, implorando su misericordia sobre nosotros los pecadores. Roguémosle que no voltee su faz de nosotros, sino que nos dé la sonrisa de su amor. Pidámosle que nos perdone todo, por el solo mérito de nuestro Salvador crucificado. Aun esto nos perdonará. Su gracia es sin límite, su amor sin fin. Nos perdonará todo, nos perdonará de corazón, nos perdonará por su puro amor. Y salgamos luego de su presencia, gozosos, agradecidos, amorosos de este Señor bondadoso, para encontrar a nuestro hermano, pecador como nosotros, necesitado de bondad y misericordia como nosotros. Y perdonémoslo como hemos sido perdonados. Ésa es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta. Y oremos con confianza, diariamente, Padre, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Amén.